

Cuatro poemas

Jorge Esquinca

CASA DE SALUD

Recuerda los altos muros encalados del sanatorio. Nubes gordas y la altiva cresta del sol en los corrales del verano. Las voces chillonas de las enfermeras, pálidas sirenas de historieta. Nadie mejor que él recuerda los días que se continuaban como una línea de tiza en el pizarrón de su delirio. La tonada de una canción ranchera que silba cuando cree que nadie lo escucha. O cuando está contento, como esta mañana. Cielo azul y muros blanqueados. Estira sus ramas que relumbran como un pensamiento, mira hacia abajo para constatar la nueva altura de su tronco. Hunde con firmeza los pies en la tierra recién regada y un cálido vapor toca su frente. Hoy como nunca puede sentir la circulación misteriosa de la savia. En el bolsillo de su camisa duerme un pájaro.

BELEROFONTE

Cuando Belerofonte cabalga, jinete y montura son de una pieza. Atascadas entre las costillas las espuelas poco o nada atizan. Cuando cabalga, Belerofonte se revuelve en la grupa, resopla para destrabarse. Tira de la crin y escucha su relincho, grita palabras que le arrebatan el viento; traga un sabor a plomo en la garganta, un desierto le abrasa los pulmones. A todo galope —afilado meteoro contra el aire, aceitado mecanismo de relojería—, Belerofonte apenas mira pasar los árboles, como quien se asoma por la ventanilla de un tren. A todo vapor, su bramido colérico es la caldera a punto de estallar y su relincho, cada instante más agudo, el silbato de la locomotora que se precipita al vacío, con un estrépito de rieles y de rótulas, por el único sitio vulnerable de esta página.

MALAGUA

Náufraga flor, exiliada viscera, Malagua a merced del oleaje. Blando cristal que el mar expulsa como a un cáncer. En la espuma de su sueño revolcada, bajo el cielo de azoro que los niños sostienen al contemplarla con un temblor sagrado. "Tal un beso de muchacha

núbil, es la quemadura de Malagua" —dice, al pasar, un arponero. Pero la flotante cándida no admite más brasa que su transparencia, ni más celaje que el de su cúpula irisada en el agua de la noche. "Esperma de ángel", la llaman los pescadores de coral y madreperla. De ahí su fuego interno, su voluptuosa flaccidez de bailarina seminal, vejiga divina entre las olas. Sulamita oceánica. Nada más sublime que morir abrasado en tus labios, Malagua, amándote hasta el linde del relámpago. Nada más atroz que observarte después, de arenas ultrajada, saturada en la rompiente, flor de pánico en el hocico de los perros.

TINDARAPO

Hay zonas de mi cuerpo que nunca visito. En sus alrededores el aire es un sofoco de manglares, un acecho de zancudos sobre el pentagrama del insomnio. En regiones como ésta habita el tindarapo; se alimenta de la cercanía del mar, medra con la ausencia de su brisa. Nadie mejor que la alimaña encarna mi porción oscura de universo, mi bancarrota estelar, mi naufragio en vaso de agua. Inútil tapiar las ventanas, administrar botadores a las puertas —el tindarapo está dentro. Pulsa en mi cuerpo su constelación repulsiva: hace un fuelle del aire que me falta y sus tenazas de cangrejo zodiacal oprimen mi sexo como la mano de Dios a sus rebaños.

Hay zonas de mi cuerpo: tercas barrancas, ciénegas, leprosarios que nunca visito. Pero el tindarapo cruje, avanza sigiloso, teje la sombra cotidiana. A veces digo que lo vi y está en tus ojos.